

Carta de Magdalena Sofía a la comunidad de curso:

Querida comunidad de curso, ¿cómo están? Este año, quisiera comunicarme con ustedes como me comunicaba con mis hermanas hace más de 200 años atrás por medio de cartas escritas con tinta y pluma. Si hubiese existido el Whatsapp ¡¡¡cuántos mensajes hubiese escrito!!!

Quisiera contarles sobre la amistad. ¡Claro que tuve amigas! Muy buenas y grandes amigas: Octavia, Margarita, Teresa, Eugenia... Pero tuve dos grandes compañeras: Filipina Duchesne y Ana Du Rousier. Juntas comenzamos una aventura que jamás imaginamos hasta donde iba a llegar ni que iba a pasar. Lo que sí teníamos claro es que no íbamos a ser "monjitas" como todo el mundo piensa que son las monjitas, encerradas rezando, fomes o que usaban trajes negros y apenas se nos veía la cara; sino mujeres íntegras, capaces de entregarnos, con un fuerte deseo de vivir en comunidad sirviendo a los demás. A esta manera de ser y de vivir la llamábamos "generosidad".

Con mis amigas, trabajamos esforzadamente para acompañar a nuestras alumnas y alumnos, acoger a quienes venían a pedir alguna ayuda a nuestra casa y con todos quienes nos encontrábamos durante el día. Compartimos sueños, esperanzas y preocupaciones... Por la noche, después de un día de trabajo agotador, nos reuníamos en la cocina, cuando ya todo estaba en calma, para encontrarnos y contarnos cómo estuvo nuestro día... Sin esta amistad, no hubiese podido ser capaz de tomar decisiones que fueron a veces difíciles.

Con Filipina tuvimos una gran amistad, llegaría a ser mi amiga del alma, una mujer fuerte como un roble y con un corazón generoso que la hacía siempre estar dispuesta a ir más allá de lo conocido. Es así, como confié en ella y fue a Estados Unidos a llevar el Corazón de Jesús a esas tierras lejanas. Nunca más la volví a ver, solo nos comunicamos por carta, aun así nuestra amistad duró muchos años...

Y con Ana, tuve un lazo muy estrecho ya que era una mujer incondicional. Fue quien, valientemente, aceptó ir a Chile, al bello país de ustedes, para llevar nuestra misión educadora a sus tierras. Ana, de nacionalidad francesa, no hablaba nada de español, pero no fue impedimento para que ella fuese una de las pioneras en la educación para las personas del siglo XIX.

Mis amigas se transformaron en mis manos, mis ojos y mi corazón en estos países tan lejanos, ya que yo siempre viví en Francia y nunca salí fuera de Europa. Me hubiese encantado ir a aquellos lugares tan bonitos, distintos y necesarios de llevar la espiritualidad del Corazón de Jesús. ¡Gracias a estas grandes amigas! Ellas fueron las que brillaron y se alimentaron de lo nuevo que traía la experiencia de ir a otros lugares.

Una vez le dije a Ana (1855) en una de mis cartas: "Gracias querida Ana por su país Chile, éste se hace el nuestro y nos sentimos felices de ayudarlas a que hagan que otros y otras de todas las clases sociales a las que enseñen, conozcan y amen al Sagrado Corazón de Jesús".

Agradezco a Dios por la amistad que me regaló a través de mi vida. Sin ellas no hubiese podido enfrentar todos los obstáculos, decisiones, opciones que tuve que vivir. Y sin ellas, especialmente Ana, no podría comunicarme hoy con ustedes...

Y tú ¿qué me cuentas de tus amigos o amigas? A través del tiempo he comprendido que los compañeros o compañeras ayudan a ser fuertes; son comprensivos, que están contigo siempre, te apoyan y te escuchan. Los amigos o amigas sacan lo mejor de tí, te acompañan en tus sueños, animándote a mirar la vida de otro modo y ver siempre el amor que Jesús tiene por todos nosotros.

Háblame de tus experiencias de amistad, de lo que te aportan tus amigos y de lo que crees que les aportas tú. Y confía de que con mi amistad puedes contar siempre.

Seguimos en contacto, los quiere,
Magdalena Sofía Barat.

